El rompimiento fué decisivo y los agentes diplomáticos se prepararon á abandonar la capital.

Jecker, entretanto, no se había dormido. Los periódicos franceses más acreditados, desde que se estableció la República, han referido con todos sus accidentes y circunstancias, como Jecker, suizo de origen, fué nacionalizado francés, y como interesándose personajes muy influentes, fué aceptada su reclamación, como un crédito liso, llano y legal que México debía satisfacer con su añadidura de réditos, daños y perjuicios, etc.

Aparte el interés pecuniario, la política que entonces se seguía en las Tullerías acogió la reclamación de Jecker como un arma poderosa en contra del gobierno liberal, y la fuerte suma que importaba encabezaba de una manera magistral la larga y supuesta lista de agravios inferidos á los franceses. A su tiempo sabremos su inesperado y extraño desenlace. Sigamos con nuestros personajes.

VI

En la casa de Don Manuel Escandón, que desde tiempos atrás era frecuentada por diplomáticos y cónsules extranjeros, conocí á Sir Charles Lenox Wyke y al conde Dubois de Saligny.

No era sir Charles de esos tipos de gruesas y encendidas caras, rubias y largas patillas y de porte soberbio y maneras frías y duras, sino por el contrario, delgado, pálido, cabello obscuro y aspecto más bien de raza latina, muy amable, de suaves modales, aunque un poco ceremonioso, grave y reservado cuando trataba asuntos que de cerca ó de lejos pudieran tener conexión con sus funciones diplomáticas. En poco tiempo supo captarse la consideración de las principales personas de México, especialmente de las que pertenecían al partido liberal, por el cual tenía simpatías y deseaba, de acuerdo con lord Palmerston, que las reformas civiles y religiosas que había ya intentado tuviesen una plena conformación. El asunto principal que tenía era *oficiosamente* el arreglo de la deuda de Londres, y que volviese á pagarse la asignación á la convención, pero no era hostil al gobierno ni deseaba que las cosas se llevasen al extremo.

El conde Dubois de Saligny no era precisamente el tipo (no obstante su título) de la vieja nobleza de Francia. De cuerpo mediano, ancho de espaldas, cara y cabeza redonda, cabello escaso y poblada barba negra, corto de vista y gesto desagradable, no inspiraba, á primera vista, ni simpatía ni respeto.

A poco que se le tratara se reconocía en él talento, instrucción enciclopédica, una imaginación exaltada, una ligereza infinita para juzgar de las cosas y un carácter violento que estallaba por el más leve incidente. Se calmaba á poco, si se le hablaba con calma y se le contradecía con moderación; pero volvían á repetirse esas cóleras y era cosa de nunca acabar. Cuando en uno de esos arranques aplicaba al ojo izquierdo y oprimía entre sus párpados un lente cuadrado, su fisonomía tomaba un aspecto tan singular, que no se sabía si inspiraba miedo ó risa. Con ideas monárquicas, favoreciendo decididamente el negocio de Jecker y mil otras reclamaciones que más adelante se reconocieron como exageradas ó como puramente fantásticas por la comisión francesa, con prevenciones y antipatías contra las personas del gobierno, lo que deseaba era un rompimiento estrepitoso y aprovechó perfectamente la temporal suspensión de pagos. A todo esto se reunía una cosa muy grave. Sea por los despachos de Saligny, sea por las relaciones de otras personas y de la prensa, el emperador Napaleón tenía una aversión personal contra Juárez y se consideraba humillado en la altísima esfera que ocupaba si hacía un tratado cualquiera, aunque fuese muy favorable á Francia, con un presidente de pura raza indígena. Así la cuestión no podía tener solución, pues Juárez era precisamente un presidente enteramente constitucional y su gobierno, aunque combatido por los monarquistas, funcionaba legal y regularmente.

Con estos antecedentes, es posible determinar los graves asuntos que tenía entre manos el ministro del Emperador:

Destruir á toda costa y á la mayor brevedad el gobierno de Juárez.

Apoderarse de las aduanas mexicanas para cobrar quince ó más millones de pesos de la reclamación Jecker.

Casarse con una mexicana que le llevase un dote de medio millón de duros.

Este era un negocio personal, pero entraba por mucho, para lograrlo, su importante posición oficial y la influencia y relaciones con algunas familias de alta posición, y más de una vez se dejó decir que su casamiento sería la señal de la paz entre Francia y México, aunque es muy de dudarse que el Emperador, que estaba entusiasmado con *la mejor página de su reinado*, hubiese modificado sus instrucciones.

Ya que hemos hecho conocimiento, aunque sea superficialmente, con los principales personajes que en primera línea figuraron en estas escenas que parecen más bien inventadas para una novela, miraremos un instante á las colonias extranjeras que habitaban la capital en esa época.

La colonia alemana, compuesta en su mayor parte de individuos de las ciudades anseáticas, se dedicaba á sus negocios sacando el partido posible de las circunstancias mismas del país, no reclamaba nada ni decía haber recibido agravios de ninguna clase. Con todo y esto el ministro de Prusia, á quien ni de vista conocí, no era muy amigo del gobierno y ayudaba, en cuanto se lo permitía su posición, á M. de Saligny.

La colonia inglesa, poco numerosa, representada por dos ó tres casas respetables, tampoco se quejaba. Precisamente los tenedores de bonos de la convención inglesa que residían en México eran panameños ó mexicanos.

La colonia española estaba enteramente dividida; los unos, liberales y partidarios del gobierno de Juárez; los otros, reaccionarios, amigos de la intervención y moviendo en México y España toda clase de recursos para una acción pronta, enérgica y armada. Naturalmente, habían por sus intereses y sus opiniones mezcládose más ó menos directa ó indirectamente en la política. En las filas de los liberales, y con las armas en la mano, se encontraban ocho ó diez caudillos, y en el partido reaccionario otros tantos, haciéndose notar los hermanos Marcelino y José María Cobos por su audacia, su valor y su fortuna en la campaña, lo que naturalmente exaltaba las pasiones de los liberales y casi los obligaba á la venganza.

La colonia francesa, pacífica é industriosa, en nada se mezclaba; pero los interesados en algunas injustas y exageradas reclamaciones y en el negocio de Jecker valían por todos los demás.

Después de pasado el tiempo, es curioso concretar el cúmulo de sucesos que acontecen por diversas causas y que luego reunidos obran en conjunto formando una fuerza irresistible.

Los distintos intereses puestos en juego y bajo una forma material y visible contrarios al gobierno de Juárez eran:

El odio del Emperador á Juárez.

Jecker, con su reclamación de quince millones y sus muchos acreedores al concurso, que esperaban ser pagados en cuanto triunfase la intervención.

El partido monarquista, que combatía diariamente con las armas en la mano.

El clero, que esperaba recobrar sus bienes, sus privilegios y su influencia.

Los interesados en la convención española, que veían ya cercano el fruto de diez años de trabajos en México y en Madrid.

El carácter irascible de M. de Saligny y su incansable actividad para destruir desde sus cimientos el sistema republicano y la Reforma.

Y como si esto no fuese bastante, veinticinco barcos de guerra en Veracruz y diez mil hombres de tropas inglesas, francesas y españolas en posesión de la costa, escalonados y dispuestos á marchar al interior del país.

Con menos elementos contrarios, cualquier gobierno de cualquier país del mundo habría sucumbido.

El gobierno de Juárez, impávido, firme como la roca en medio de un enfurecido Océano, no tuvo ni un momento de miedo, ni un instante de vacilación.

VIII

Continuemos por ahora le pequeña historia anecdótica que ella nos conducirá á los sucesos más graves que, sin embargo, tienen un forzoso enlace con los que parecen cuentos insignificantes. Dejamos en Veracruz á los jefes españoles. Al general Prim no tuve el gusto de conocerle, al brigadier sí. Era Don Lorenzo Miláns del Bosch, un hombre delgado, pero de una buena musculación, como do cincuenta años, muy erguido, llevando con desembarazo y con aire marcial el vistoso traje militar del ejército español. Su fisonomía abierta y franca, tostada con el aire del mar que acababa de atravesar, le daba cierta severidad y de pronto tal vez dureza. Se sentía cierto embarazo al hablarle por primera vez, como temiendo una respuesta violenta, pero cuando su boca, un poco grande, se abría y decía algunas palabras, se reconocía, lo mismo que en su mirada franca, que no podía decir más que lo que le salía del corazón; con una fácil percepción y un fondo de justicia, debido á su honrado carácter, decidía las cuestiones magistral, pero exactamente, y no había que contradecirle, porque apelaba á la obediencia que manda la ordenanza. Buen soldado y fiel servidor de la Reina, sus personales opiniones eran tan avanzadas y tan liberales que á su lado Pí y Margall y Ruiz Zorrilla, hubiesen podido pasar por discípulos de Torquemada.

¿Cómo fué que á las pocas horas de haber desembarcado en ese puerto mexicano, de que he tratado de dar una ligera idea, conociese, é hiciese amistad, como si de años se hubieran conocido, con Jorge de la Serna? Nunca lo he llegado á averiguar, pero el caso fué que así sucedió, y era fácil en una ciudad pequeña.

Don Jorge de la Serna era un joven de clarísimo talento, de un carácter independiente, de una fecundía sin límites, muy relacionado y querido en Veracruz, y socio de la casa norteamericana de Hargous y Compañía. Genio, maneras é ideas en muchos puntos parecidas á las del Brigadier, pronto simpatizaron é hicieron tan buena amistad, que en lo que se ofrecía, y se ofrecía mucho en aquellos momentos á los mexicanos y extranjeros que habitaban en Veracruz, Jorge de la Serna era un empeño seguro para el brigadier, y el brigadier empeño seguro para el conde de Reus, que lo estimaba muy particularmente, según supe, no solo como militar valiente, sino como fiel amigo. Infinidad de asuntos difíciles se arreglaron así con facilidad y en pocas palabras.

Jorge presentó al brigadier á las personas más notables de la población y en cada conversación, en cada casa, en vez de enojo y de reserva, no encontraba más que franqueza y conciliadoras palabras, y sobre todo elogios y buenas memorias de la persona y de su familia que había por algunos años habitado el puerto. Es menester no conocer á la naturaleza humana para pensar que un hombre, por duro que sea su carácter, pueda ser indiferente á estas atenciones; así, si pudo él traer algunas prevenciones desfavorables al desembarcar, á los tres días de estar en Veracruz no tenía sino simpatías y deseos de que no se quemase ni un sólo grano de pólvora.

El día antes de que Don Lorenzo saliese de Veracruz á disponer el campamento de sus tropas, Jorge de la Serna se propuso, como él decía, *descararse completamente.*

—Brigadier, le dijo, estamos solos; voy á hablarle á usted como un amigo. ¿Lo permitirá usted? ¿No se ofenderá el militar español?

—Y si se ofende, aquí está Lorenzo Miláns para irle á la mano. Hable usted y eche fuera lo que tenga, pero que sea breve, pues dentro de quince minutos tendré que estar á caballo para salir fuera de la ciudad.

—Pues bien, brigadier lo que está pasando es una verdadera atrocidad: venir desde dos mil leguas á matarse con los mexicanos, por cuatro reales, porque para dos naciones, por mucho que importe la conversión española, no son más que cuatro reales y quizá menos todavía. ¡Caer España en el lazo que le han tendido las intrigas de Saligny y de los conservadores, ¡qué error tan grande! ¡Venir á perecer del vómito, de la fiebre y de las balas los mejores regimientos del ejército español, ¡qué barbaridad! Esto no puede ser, y no será, porque los que no *debemos ni tememos* gritaremos muy alto en contra de lo que está pasando. Ya ha visto usted aquí á los españoles ricos, pacíficos, estimados de la población, algunos llevan veinte y treinta años de habitar en Veracruz y no tienen una sola queja.

—Ya sé adónde va usted á dar, Don Jorge, le contestó el brigadier catalán; la carrera de las armas es muy gloriosa, pero tiene también sus amarguras y sinsabores. Si el general Prim me lo manda me batiré contra todo el mundo; pero esté usted seguro que no haré sino lo que sea justo.

Don Lorenzo estrechó cariñosa y significativamente la mano de este notable veracruzano y partió al desempeño de sus deberes militares.

IX

El 14 de Enero de 1862 salió el brigadier Don Lorenzo Miláns para la capital de la República, acompañado del jefe de Estado Mayor Don José Argüelles, del capitán de la marina francesa M. Thomaset y del capitán de la marina inglesa M. Eduardo Patham. Estos personajes eran portadores del *ultimátum pacífico* de las tres potencias aliadas. Decían que no venían en son de conquista ni á atacar la independencia de la nación, sino á pedir solamente la reparación de los agravios que sus súbditos habían recibido.

La comisión fué bien recibida en la capital, adonde llegó el

día 20, porque cada uno de los grupos interesados en estos sucesos, y que hemos ya marcado, esperaban que les sería favorable.

El día 22 el ministro de Prusia dió un banquete á los comisionados, al que asistieron el secretario de Estado, Don Manuel Doblado, y otros altos funcionarios del gobierno. El 23 en la noche Don José González Echeverría, tío de la duquesa de Prim, y el mismo que hemos visto desplegar una grande actividad y hacer producir muchísimas barras de plata al abandonado mineral del Fresnillo, dió al brigadier Miláns un gran baile de despedida. Mi curiosidad era grande, Jorge de la Serna me había escrito una larga carta y deseaba yo conocer al intrépido catalán, á quien no había podido ni siquiera ver de lejos el día anterior. Concurrí al baile más que por eso que por otra cosa.

—Ya me esperaba encontrar á usted por aquí, me dijo después de que le fuí presentado por el Sr. González Echeverría. Don Jorge me había prevenido que me buscaría usted.

Trabamos conversación en el curso de la noche, y no sé si por haber tenido amistad con una persona de su familia ó la situación misma, me hicieron hablarle con cierta confianza.

—Asombrado estoy, me dijo; esperaba encontrar confirmados, poco más ó menos, los horrores que nos han estado contando hace meses en Europa, y en vez de esto no hallo, desde que pisé las playas de Veracruz, más que amigos y gentes incapaces de cometer los excesos que se atribuyen á los mexicanos. El gobierno hace prodigios para sostener la Reforma y el honor de la nación. Siento que el general no esté aquí, pero no importa, sabrá lo que pasa en la capital, y después obrará como quiera.

Poquísimo duró la conversación, pues llenándose por momentos los salones, la mayor parte de los invitados deseaban hablar con los comisionados, sea por mera curiosidad, sea por indagar noticias ó por abogar por sus intereses. Yo observaba al brigadier en los grupos y vueltas que daba por el salón, se-

guido siempre de un grupo donde había de todas opiniones y de todas nacionalidades. Debieron algunos con preguntas indiscretas y con quejas injustas exasperar su paciencia, que repentinamente se detuvo.

—Ya estoy cansado; desde ayer no escucho más que quejas y reclamaciones absurdas, como si yo fuese el general en jefe ó tuviese poder para remediarlas. Yo no he visto aquí más que un gobierno que lucha valerosamente con sus enemigos, que sostiene el honor de su patria y que ha sido víctima de las intrigas y de la avaricia de los agiotistas. Si ustedes, señores españoles, se quejan, la culpa es de ustedes; la puerta está abierta y se pueden volver á España. ¿Para qué se mezclan en las guerras civiles? Ahí están los Cobos y otros españoles defendiendo la reacción y batiéndose con las tropas del gobierno, y por otro lado otros tantos batiéndose contra los reaccionarios. Naturalmente, tienen que sufrir las consecuencias como las sufren los mexicanos. Se equivocan mucho si creen que venimos á proteger á los clérigos y á los monarquistas, á derribar al gobierno y á restablecer la Inquisición. Ya ese tiempo pasó para no volver, ni en España ni en las Américas, y la Reina no quiere ni imponer un gobierno á los mexicanos ni violentar su opinión.

Por ese estilo dijo cosas tan claras y tan fuertes, que hoy mismo no me atrevo á reproducirlas textualmente por más que las haya conservado en mi memoria.

Los conservadores y monarquistas quedaron no solamente escandalizados sino rabiosos al escuchar al brigadier y á Don José González Echeverría, que despreciando, según decían, las tradiciones de la aristocracia y nobleza de su familia, se había degradado al ser ministro de Hacienda del gobierno demagogo.

Los comisionados regresaron á Veracruz el día 23, y la respuesta de Doblado fué de las más singulares y con un aplomo como si hubiese tenido treinta mil hombres y doscientas piezas de artillería.

Decía el secretario de Estado, que celebraba mucho que las

fuerzas de las tres potencias y personas de tan alta posición, como los plenipotenciarios, hubiesen venido á presenciar lo que pasaba en México, y que no teniendo objeto las tropas regresarían pronto á Europa á dar testimonio de que había un gobierno constitucional que defendía los principios de la libertad y de la Reforma, y que en cuanto á la cuestión pecuniaria, el gobierno tenía bastante capacidad y elementos para satisfacer las justas exigencias de los representantes de las naciones aliadas.

Esta nota, que entregó el brigadier Don Lorenzo Miláns, dejó estupefactos á los comisionados. No podían concebir tanta seguridad y tanta audacia. El general Prim calló y reflexionó.

X

Al salir el conde de Reus de España la Reina lo invistió con el doble carácter de general en jefe del ejército expedicionario y Ministro Plenipotenciario, enviado extraordinario.

Para él, batallador por inclinación, afecto á las expediciones difíciles y aventuradas, el papel de soldado en esas circunstancias era tentador. Tenía en su apoyo no solo á España, sino á Francia, y sin exageración á la Europa entera, con excepción de Inglaterra, porque lord Palmerston conservaba una cierta predilección por las repúblicas americanas y nunca había querido llevar las cosas hasta el punto de enviar tropas y escuadras; pero México, en resumen, estaba perdido en la opinión pública de Europa, y el soldado afortunado que llegase triunfante á la capital podía contar con una espléndida corona de gloria y con la aprobación universal. Se llegó á decir por el conde de Saligny mismo, que el general Prim tenía el plan de coronarse en México. Poco faltó para que hubiese un duelo entre el ministro francés y el general español.

Si á la fogosa imaginación del conde de Reus se presentaron esos tentadores fantasmas de una nueva gloria, no es posi-